

Agatha Christie[®]

CARTAS SOBRE LA MESA



Agatha Christie

Cartas sobre la mesa

Traducción de Ángel Soler Crespo



Capítulo 1

Mr. Shaitana

—¡Mi querido monsieur Poirot!

Se trataba de una voz suave y acariciadora, una voz usada deliberadamente como instrumento. En ella no había nada espontáneo ni impensado.

Hércules Poirot dio media vuelta. Se inclinó y estrechó ceremoniosamente la mano que el otro le tendía.

En los ojos del detective se reflejó una expresión extraña. Podía decirse que aquel encuentro casual había despertado en él una emoción experimentada en raras ocasiones.

—Mi estimado Mr. Shaitana.

Ambos callaron. Parecían dos duelistas *en garde*.

Alrededor de ellos se arremolinaba con sosiego una masa de londinenses lánguidos y bien vestidos. Se oía el murmullo de las voces.

—¡Precioso! ¡Exquisito!

—Son divinas, ¿no te parece, querida?

Se encontraban en la exposición de cajas de rapé que se celebraba en Wessex House. El precio de la entrada, una guinea, se destinaba a los hospitales de Londres.

—¡Mi querido amigo, qué agradable verle de nuevo!

—dijo Mr. Shaitana—. ¿Escasea el trabajo de colgar o guillotinar a la gente? ¿Decae la actividad en el mundo criminal? ¿O va a ocurrir aquí un robo esta misma tarde? Eso sería delicioso.

—Siento decepcionarle, monsieur, pero mi presencia aquí se debe a motivos puramente personales.

La atención de Shaitana recayó, de momento, sobre una adorable jovencita que llevaba unos apretados rizos en un lado de la cabeza y tres cornucopias de paja negra en el otro.

—Querida, pero ¿por qué no vino a mi última fiesta? —preguntó Shaitana—. ¡Fue maravillosa! Un buen montón de gente se dignó hablarme. Hasta una mujer me dijo: «¿Cómo está usted?», «Adiós» y «Muchísimas gracias». Claro que la pobre era provinciana, desde luego.

Mientras la adorable jovencita contestaba adecuadamente a estas palabras, Poirot estudió con detenimiento el hirsuto adorno que campeaba sobre el labio superior de Shaitana. Era un buen bigote, muy elegante. Tal vez el único bigote que en Londres podía competir con el de Hércules Poirot.

«Pero no es tan exuberante. No, no hay duda de que es inferior en todos los aspectos. *Tout de même* llama la atención», dijo para sí mismo.

Todo en Shaitana llamaba la atención, pues esa era su intención. Intentaba deliberadamente que su aspecto fuera lo más mefistofélico posible. Era alto y delgado, de cara alargada y melancólica en la que resaltaban unas cejas muy acentuadas y negras como el azabache. Llevaba un bigote con las puntas engominadas y una perilla negra. Sus ropas eran obras de arte, de un corte correctísimo, aunque con cierto aire grotesco.

Todo buen inglés, cuando topaba con él, sentía un ardiente deseo de darle un puntapié y decía con una singular falta de originalidad: «Ahí viene ese maldito *dago** de Shaitana».

* Nombre que dan en Inglaterra y en Estados Unidos a todo extranjero de piel morena. (*N. del t.*)

Las esposas, hijas, hermanas, tías, madres y hasta las abuelas de esas inglesas, variando las palabras de acuerdo con su propia generación, solían decir también frases parecidas a esta: «Ya lo sé, querida. Tiene un aspecto demasiado terrible, desde luego. ¡Pero es tan rico! ¡Y da unas fiestas tan magníficas! Además, siempre tiene alguna anécdota divertida y malintencionada que contarte de la gente».

Nadie sabía si Mr. Shaitana era argentino, portugués, griego o de cualquier otra de las nacionalidades despreciadas por los británicos. Pero tres hechos eran ciertos:

Vivía lujosamente en un piso carísimo de Park Lane.

Daba fiestas de todas clases: grandes, pequeñas, macabras, respetables y extravagantes.

Era un hombre a quien casi todos temían.

Esto último era difícil de expresar con palabras concretas. Tal vez era debido a que transmitía la sensación de saber muchas cosas, más de las convenientes, sobre todo el mundo. A esto se unía un especial sentido del humor.

La gente intuía que era mucho mejor no arriesgarse ofendiendo a Mr. Shaitana.

Aquella tarde, su humor le incitaba a fastidiar a aquel hombre de aspecto ridículo llamado Hércules Poirot.

—¿De modo que un policía también necesita distraerse? —observó—. Se interesa usted por el arte a una edad demasiado avanzada, monsieur Poirot.

El detective sonrió.

—Ya he visto que ha cedido usted tres cajas de rapé a la exposición.

Shaitana agitó una mano con un gesto de excusa.

—Algunas veces me dedico a comprar bagatelas. Debería usted pasar un día por mi casa. Tengo algunas piezas interesantes. Pero no me limito a ningún período en particular ni a objetos determinados.

—Sus gustos son universales —comentó Poirot, sonriendo.

—Exactamente.

De repente, los ojos de Shaitana brillaron, levantó las comisuras de los labios y sus cejas se arquearon.

—Hasta le puedo enseñar varios objetos relacionados con su profesión, monsieur Poirot.

—¿Acaso tiene un Museo del Crimen particular?

—¡Bah! —Shaitana chasqueó los dedos con desdén—. La taza que utilizó el asesino de Brighton, las herramientas de un célebre ladrón, todo eso son chiquillerías absurdas. Yo no me intereso por esa basura. Me gusta coleccionar lo mejor de su clase.

—¿Qué cosas considera usted mejores en el crimen? Me refiero desde un punto de vista artístico.

Shaitana se inclinó y apoyó dos dedos sobre el hombro del detective. Siseó la respuesta con un tono teatral:

—Los seres humanos que lo cometen, monsieur Poirot. El belga arqueó las cejas.

—¡Ajá! Le he sorprendido. Mi querido amigo, usted y yo consideramos estas cosas desde puntos de vista opuestos. Para usted, el crimen es una mera rutina: un asesinato, una investigación, una pista y, por último, el descubrimiento del asesino, pues indudablemente es usted un experto en la materia. ¡A mí esas trivialidades no me interesan! No me atraen los ejemplares de poco valor. Un asesino descubierto es, necesariamente, un fracasado. Es de segunda clase. No, yo considero el asunto desde el punto de vista artístico. ¡Solo colecciono lo mejor!

—¿Qué es lo mejor?

—Los que han logrado salirse con la suya. ¡Los que han tenido éxito! Los criminales que disfrutan de una vida agradable y sobre los que no se tiene ni la más mínima sospecha. Debe usted admitir que mi afición es divertida.

—Estaba pensando en otra palabra y no era precisamente *divertida*.

—¡Tengo una idea! —exclamó Shaitana sin hacer caso

de la crítica—. ¡Una pequeña reunión! ¡Una cena para que tenga la oportunidad de conocer mi colección! Es una ocurrencia divertida, de veras. No sé cómo no he pensado antes en ella. Sí, sí, eso es. Deme un poco de tiempo. La próxima semana no podrá ser. ¿Digamos la siguiente? ¿No tendrá ningún compromiso? ¿Qué día podemos elegir?

—Si es dentro de dos semanas, cualquier día me viene bien.

—Bien, entonces digamos el viernes. El viernes, día 18. Lo anotaré en mi agenda. Desde luego, la idea me gusta enormemente.

—Pues yo no estoy tan seguro de que me guste —replicó Poirot con lentitud—. No quiero decir con eso que desprecie su amable invitación. No, no es eso.

Shaitana le interrumpió.

—Pero ha quedado conmovida su sensibilidad *bourgeois*, ¿verdad? Amigo mío, debe usted desembarazarse de las limitaciones que impone la mentalidad de un policía.

—Realmente, tengo un concepto absolutamente *bourgeois* sobre el asesinato.

—¿Por qué? Cuando se trata de un asunto estúpido, vulgar y sanguinario, sí, estoy de acuerdo con usted. ¡Pero el asesinato puede ser un arte! Y el asesino, un artista.

—Lo admito.

—Entonces, ¿qué le parece?

—De todos modos, no deja de ser un asesino.

—Estoy convencido de que hacer algo extremadamente bien constituye en sí una justificación. Usted, dejando a un lado toda imaginación, quiere coger al asesino, esposarlo, encerrarlo en la cárcel y, finalmente, hacer que lo cuelguen del cuello con la primera luz del alba. En mi opinión, un asesino realmente afortunado debería tener derecho a que el Estado le pagara una pensión, y yo no tendría ningún inconveniente en invitarlo a cenar.

Poirot se encogió de hombros.

—No soy tan indiferente al arte en el crimen como usted supone. Puedo sentir admiración hacia el asesino perfecto, como podría admirar también a un tigre, que es una fiera rayada espléndida. Pero lo admiraría desde el exterior de la jaula. No entraría en ella, a no ser que mi deber me obligara. Pues, como usted sabe, Mr. Shaitana, el tigre puede saltar y...

Su interlocutor rio.

—Comprendo. ¿Y el asesino?

—Puede matar —comentó Poirot gravemente.

—¡Mi querido amigo, pero qué alarmista es usted! Entonces, ¿no quiere venir a ver mi colección de... tigres?

—Al contrario. Estaré encantado.

—¡Qué intrépido!

—No me ha entendido usted del todo. Con mis palabras, quería prevenirle. Pretendía hacerme admitir que su idea de coleccionar asesinos era divertida. Le he dicho que, en lugar de «divertida», podía emplear otra palabra. Yo diría «peligrosa». Creo, Mr. Shaitana, que su distracción puede serlo.

El otro soltó una risotada mefistofélica.

—Le espero, pues, el día 18. ¿De acuerdo?

Poirot hizo una reverencia.

—Sí, puede usted contar conmigo ese día. *Mille remerciements*.

—Organizaré una pequeña reunión —dijo Shaitana como si hablara consigo mismo—. No se olvide: a las ocho.

Durante unos momentos, Poirot contempló cómo se alejaba.

Después, meneó lentamente la cabeza con aire pensativo.